

tos y los aplausos, que recibió confundieron su nombre y el del rey. Luis salió de la casa de ayuntamiento, entre aplausos, que se prolongaron, y se advirtió, en su frente, una expresión mas dulce, que era un poco antes la del dolor.

.....

## CAPÍTULO II.

§ I. Turbaciones de la Francia. — Emigracion de los nobles. — Vuelta de Necker. — Noche del 4 de Agosto.

El movimiento de la capital se extendió á toda la Francia, y, en todas partes, las guardias nacionales, formadas sin orden, ni aprobación real, se prepararon á defender su patria, contra los bandidos, y los aristocratas. El conde de Artois, y el príncipe de Condé emigraron; Calonne, la duquesa de Polignac, el príncipe de Lambese, casi todos los favoritos, una parte de los cortesanos, y varios nobles de la provincia los siguieron. De este modo la aristocracia, refugiada en territorio enemigo, continuó sus intrigas con ardor, y mas abiertamente, que

nunca. Los habitantes de las campañas indignados del aparato orgulloso de sus señores, y deseando sacudir enteramente el yugo, que pesaba, aun, sobre ellos, se entregaron á los excesos mas deplorables, contra los bienes de sus antiguos dueños. Muchos palacios fueron arruinados, muchos títulos de propiedad quemados, y los bienes de los fugitivos abandonados al pillage.

23 julio. Sin embargo, la efervescencia del pueblo de Paris, calmada, por algunos dias, estaba á cada instante preparada á saltar con nueva energia, y el menor incidente desgraciado bastaba, para que se verificase. Foulon, ministro que se substituyó á Necker en el último ministerio, despues de haberse libertado del ódio público, haciendose pasar por muerto, cayó en manos del pueblo y fué

inhumanamente sacrificado. Bertier, su yerno, intendente de Paris, tuvo la misma suerte, y sus cabezas sangrientas, llevadas en las picas manifestaron las venganzas y la crueldad del pueblo.

La asamblea veia con horror estas escenas; pero el miedo que tenia, aun, al poder de la corte, no le permitia pronunciarse, con bastante firmeza, contra tan odiosos excesos. Se propuso hacer una proclama, que calmase el espíritu de la sublevacion de la capital, en cuyos debates Lally Tolendal señaló su elocuencia entusiasta, y su generosa humanidad; otros legisladores celosos por el bien público no estuvieron de acuerdo con él, porque el miedo de la corte les cubria, con un velo, una parte del horror de los cuadros del crimen, que tenian á su vista. Barnave se exáltó has-

ta decir. *La sangre vertida era pues tan pura?* pero este desgraciado, é interesante joven lloró el resto de su corta carrera, una palabra cruel, que se le escapó en el acaloramiento de su improviso impetuoso. Sinembargo su opinion prevaleció, y la asamblea nacional, dominada, acaso, por una debilidad culpable, buscando poner un termino á los crímenes, ya cometidos, no se atrevió á desorrrarlos, con toda la reprobacion, que merecian.

Desde los primeros dias del triunfo de la libertad se manifestó, en la asamblea, un espíritu de usurpacion, y una oposicion animosa y fuerte. Los aristocratas vencidos y dispersos guardaban silencio, ya sea por el miedo, ó por el desprecio; y no se veía lucha sino entre el partido dominante, y los cono-

cidos, despues, con el nombre de monarquitas, segundo partido levantado del seno de los revolucionarios, y que se oponia á los excesos de la revolucion. Debemos observar que es muy difícil á una opinion victoriosa, detenerse en su carrera cuando ha tenido, una vez, necesidad de la fuerza material, para facilitar su triunfo. Los exaltados, con esta opinion, estan siempre seguros de poner facilmente en movimiento las pasiones, y estas son las que constituyen el poder sobre que un partido se apoya. Esta reflexion abraza toda la historia de la asamblea constituyente, en la que, de los monarquistas primeros autores de la revolucion, pasó el poder á los demócratas; y cuando los miembros mas fogosos de esta otra faccion, vieron que habian pasado los límites, y que era nece-

sario detenerse en una carrera, llena de escollos, no era ya tiempo de hacerlo; el torrente los habia arrojado demasiado lejos para que la retirada fuese posible y era preciso seguirle, ó perecer combatiendole. Por todas partes, presentaron al pueblo los aristócratas, como sus enemigos, y era indispensable exponerse á ser sacrificado, como tal aristócrata, para oponerse á la fuerza de los jacobinos; sin embargo en los primeros dias de la revolucion tuvo algun tiempo la alternativa de los sucesos. Todos los que no habian tenido á la mira sino algunas modificaciones, y los demas que pensaban en establecer la constitucion inglesa, la mayor parte amigos de Necker, formaron este partido, que parecia tener la mayor influencia, pues desde la abertura de la asamblea

fueron elegidos, para casi todas las comisiones. Lally Tolendal, Mounier, y Clermont-Tonnerre eran sus principales miembros, y, cuando sus votos, para el establecimiento de la constitucion inglesa, se frustraron; cuando nuevos atentados sin motivos plausibles se cometieron en el 5 y 6 de octubre, desertaron los dos primeros de una asamblea, en que creían su voto inútil, sacrificando el momento, que los llamaba á proclamar, con energia, toda la verdad, deteniendo y previniendo el torrente impetuoso de los excesos de una revolucion, hasta entónces útil y amada de la Francia.

La lucha se empeño desde los primeros instantes del triunfo, y la asamblea de comun acuerdo pidio al rey la vuelta de Necker, y la destitucion

de los ministros. Este deseo se explicó, vivamente, en todas las sesiones, y mas aun acaso, por los organos de la opinion moderada; pero con la diferencia, que los demócratas, simpaticizando poco con el ministro, reclamaban abiertamente lo que estaban seguros de obtener, mientras que los monarquistas amigos de Necker, querian contentarse con emitir un voto en su favor, por respeto á la prerogativa real.

El rey no esperó á solicitudes mas urgentes, y llamó á Necker y los antiguos ministros. La asamblea de acuerdo dirigió al proscripto una carta lisonjera, que apresurase su afortunada vuelta. Necker volvió de su destierro y el pueblo le colmó de bendiciones. La casualidad hizo, que viese en la frontera

los cortesanos fugitivos, y lloró su suerte celebrando los sucesos de la Francia. Cruzando su patria, que adoptaba, recogió, á su paso, los testimonios del amor y la alegría pública. El ruido de las armas, las canciones de los ciudadanos soldados y los tres colores, con que se adornaban, le enternecieron, sorprendiéndole; y no reconocia ya esta Francia gobernada, por él, sino en los testimonios de estimacion, con que le colmaba. El destino le reservaba mayor dicha, y era la de salvar la vida á un hombre, que era su enemigo: encontro á su paso, entre las manos de los guardias nacionales patriotas, al mismo Benserval, que, mientras algunos dias, habia llenado de espanto á París, y que se llevaba á esta ciudad, en donde, le esperaba la suerte de Delaunay y Foulon....

Necker suplico y, aun mandó, tuviesen compasion del fugitivo haciendole detener preso, para de este modo libertarle del teatro de las venganzas, y una muerte demasiado cierta. El resultado de este acto de humanidad hizo perder á Necker el favor popular, sin haber hecho mas, que cumplir con su deber; ¡pero! quanto no debe estimarse un sujeto, que sabe sacrificar, al deber, el precio del trabajo de toda su vida, en el momento en que va á recibirlo!

El ministro amado volvió á Versalles, en medio de los mismos testimonios de respeto; y los diputados, sobre todo los miembros del partido moderado se apresuraron á rodearle, mirandole como el salvador de la patria. La corte, lejos de aprovecharse de su popularidad, para recobrar alguna influencia, no vió en él, sino

el apóstol y mártir de la revolucion, y le manifestó mas aversion que nunca; pero él se vengó de su ingratitud procurando servirla.

Se presentó en Paris en la casa de ayuntamiento, teatro de tantas escenas sangrientas, y predicó la paz, suplicando á sus amigos vencedores el perdón de sus enemigos amedrentados. Empezó por justificarse de haber usurpado los derechos del pueblo, decidiendo por sí solo de la suerte de Besenval: hizo una pintura tierna del dolor de algunas familias, trató de justificar hombres, que solo eran culpables de no haber comprendido, que el poder habia mudado de manos, y finalmente pidió una amnistia general, por lo pasado, y promesas sencillas de reconciliacion para lo venidero. Su tierna exortacion, que

ya los Lally, y los Mounier habian anticipado en el seno de la asamblea, fué acogida por los representantes de la comun y por el pueblo de Paris. El grito de *amnistia* fué general, y los hombres de bien creyeron oír la publicacion del acto final de la revolucion; pero esto no fué sino una ilusion. ¡ Cuantas veces ilusiones, tan bellas como engañosas, nos han seducido despues! todos los partidos estaban presentes, y el talento de los hombres no podia prevenir el choque, ni arrebatar la victoria.

Necker á pesar de sus mejores intenciones se creía con mas influjo, que el que tenia realmente; veia bien que el pueblo, sin otro apoyo que el suyo, habia triunfado del rey, y creyó igualmente, que, dando al monarca este apoyo tan fuerte, llegaria á volverle un poder legi-

timo; pero el caso era diferente, y el atleta vigoroso, que habia decidido la caida de un trono arruinado, no podia contener la marcha de un pueblo victorioso.

Mirabeau se encargó de destruir la obra de Necker: corrió á todas las secciones, y pidió en ellas la revocacion acordada, por los representantes de la comun; inspiro desconfianza, sobre el motivo de esta asamblea tan eminentemente, revolucionaria, é hizo observar, que no tenia derecho alguno legal. En efecto, esta reunion de ciudadanos, compuesta de los electores de Paris, no tenia otro poder, que el de que se apoderó; mientras las turbaciones de la capital. Las secciones reunidas regularmente, acababan de nombrar otro consejo de la comun, y se toleraba, aun, el de los electores; la menor resistencia hecha á

su popularidad debía decidir su caída. A la voz de Mirabeau, las secciones se conmovieron. Desaprobaron la resolución de los electores; la fermentación de París amenazaba; peticiones de todos los distritos hicieron conocer á la asamblea nacional la expresión del descontento general, y este mismo pueblo, que había aplaudido la generosidad de Necker, la despreció inmediatamente, que le hicieron sospechar sus intenciones. La asamblea misma, cediendo á Mirabeau, mandó retener preso á Besenval, y nombró un tribunal, que juzgase los culpables. Era seguramente una sin razón, porque estos no eran sino enemigos vencidos; pero el recuerdo de un peligro reciente pesaba sobre la asamblea, que no podía, en medio de la lucha, apreciar justamente adonde se dirigía su víc-

toria, y la embriaguez del triunfo se unía también al miedo del peligro. Desde este día Necker perdió su popularidad, y la asamblea nacional no le profesó ya, sino una estimación habitual, y una indiferencia demasiado real estaba cerca de borrarle enteramente de su aprecio. Tal es la suerte de los hombres, que se encuentran mezclados en grandes acontecimientos, cuya importancia no han sabido prever: arrastrados á un partido que creen justo no saben penetrar sus designios, calcular su marcha ni presentir lo que hay de involuntario en su decisión. Marchando con hombres, á quienes no han sabido mirar sino como amigos, se hacen enemigos en el momento, que se detienen y se les trata de traidores, cuando no han sido sino compañeros tímidos, y



experimentados. Esto es lo que, seguramente, conoció bien Mirabeau; su genio estaba al alcance de los acontecimientos, y sabía que, cediendo, con oportunidad al torrente, se podía encontrar la ocasión de detenerle: también era uno de los declamadores más desmagnéticos, porque veía, que en el primer día de triunfo, los más celosos defensores del pueblo le serían más amados, que sus más sabios consejeros. Oponiéndose á Necker en las circunstancias de que acabamos de hablar pudo tener Mirabeau miras personales, pues no siendo el desinterés una de sus virtudes, pudo influir en sus acciones, para separar un rival peligroso: uno y otro, sin embargo, marchaban á un mismo fin, y querían la monarquía constitucional; pero por diferentes caminos. Necker, entu-

siasta de la Inglaterra, no teniendo, casi, otros conocimientos políticos, que las leyes de este país, no deseaba sino el establecimiento, entre nosotros, de una constitucion extranjera, que miraba como el prototipo de lo bello en política. No calculaba lo que era preciso abandonar á la necesidad, y lo que podía temerse, aun, de los grandes señores, en la ejecucion de su proyecto; no meditaba bastante, sobre la opinion pública tan necesaria, para fundar alguna cosa sólida; hablaba sin cesar, es cierto, de la dicha del pueblo; pero de una dicha lejana, y nada concedía á las necesidades de las pasiones. Mirabeau tenía el arte grande de conceder, y la vista tan perspicaz como justa; pero desgraciadamente lo que mezclaba de personal en los asuntos públicos, paralizaba sus

bellas calidades. Cuando presentemos el cuadro de los partidos, que hubo en la asamblea constituyente, veremos de que modo este grande orador, sin pertenecer á ninguna de sus diversas facciones, egerció, sobre todas, su poderosa influencia: veremos tambien el partido de Necker compuesto de hombres de buena fe, y talento, arrastrarse, siempre, vencido en medio de todos, sin poder poner, en movimiento, los elementos con que el pueblo debia sostenerle.

El decreto de la asamblea, y el retiro de los electores dejaron satisfecho el pueblo de Paris, y pusieron fin á su efervescencia; y un momento de calma permitió á la asamblea tomar de nuevo sus trabajos. Mounier, á nombre de la comision de constitucion, anuncio el

despojo de las actas, y fixó, despues de este trabajo preliminar, los principios del nuevo orden. Se despreció su plan, al que todo el mundo se uniria hoy y que, despues de treinta años de desastres, se vuelve á pedir lo que protestó. Este plan era sabio, el mas libre de las constituciones, que se nos han propuesto y su egecucion la mas fácil. Se dió principio á la discusion, y se pasaron varios dias en debates preliminares, sin cesar interrumpidos, por las lecturas de felicitaciones de todas las ciudades, campañas, y cuerpos constituidos, que aprobaban, y ensalzaban las decisiones de los representantes del pueblo. En estos combates fué donde se preparó la memorable sesion del 4 de agosto. La vis-<sup>3 Agosto.</sup>pera de este dia grande interrumpió la asamblea la discusion de su reglamento,

y la declaracion celebre de los derechos, para ocuparse de las turbaciones de las provincias. El partido moderado quiso aprovecharse de estas circunstancias, para insertar de nuevo, en una proclamacion, su desaprobacion formal, sobre las insurrecciones, que estallaban en toda la Francia. Se abrió la sesion el dia siguiente á las ocho de la tarde con el solo objeto de leer el proyecto de la proclama, sin que hubiese ninguna discusion puesta á la orden del dia. ¿Fué la casualidad la que condujo, inopinadamente, los grandes resultados de esta sesion? ¿Se preparó en secreto? ¿Fué el fruto de una conspiracion de club? La historia no puede, aun, aclarar estas dudas; pero es cierto, á lo menos, que si esta sesion habia sido preparada, fué, por un pequeño numero de diputados;

y el sentimiento inmediato de un tropel de privilegiados prueba bastante, que no fueron culpables de premeditacion. Los aristócratas, que ven por todas partes indicios de tramas y que creen la revolucion conducida, por medios muy pequeños, aseguraron mas los grandes resultados de esta sesion, en un incidente de poca importancia, que dos dias antes habia ocupado, un solo instante, á la asamblea. Se renovó el 1º de agosto la presidencia, que no estaba decretada, sino para quince dias y la eleccion recayó en Thouret, mirado entonces como muy frío partidario de la revolucion. Se levantaron algunos rumores; pero Liancourt, presidente, presentó inmediatamente, una carta de Thouret, en la que se negaba á admitir la presidencia, y Chapelier fué elegido

en su lugar. Se quiso probar, que la negativa de Thouret fué provocada, por la amenaza de despedirle, por fuerza; temiendo en el un agente menos complaciente, que Chapelier, para la ejecucion de las conspiraciones del 11 de agosto; pero nos parece, que la sola relacion de los hechos destruió esta pretendida coincidencia, entre dos acontecimientos, en que no hay concesion alguna verdadera.

4 Agosto. Después de la lectura del proyecto de decreto, el viconte de Noailles tuvo la palabra: espuso la imposibilidad de calmar el pueblo, con representaciones, preguntando, si la fuerza seria mas eficaz; conociendo tambien, que este medio era inoportuno, manifestó la idea de hacer ver al pueblo, que se ocupaban del, para calmarle, y concluyo, espo-

niendo á la asamblea una multitud de proposiciones relativas á destruir, en parte, el regimen feudal. El duque de Aiguillon aprobo las mociones de Noailles, y adelantó mas aun pues reclamo la total abolicion del orden antiguo. Entónces, una parte de los nobles, que se hallaban presentes, por verdadero patriotismo los unos, y los mas por no manifestar, que se interesaban en ventajas suyas, respondió con los mas vivos aplausos, ofreciendo muchos de ellos, en particular, sacrificar á la patria los de sus derechos, que pudiesen serle onerosos. Las ciudades renunciaron sus privilegios, por medio de sus representantes, y los paises de los estados cedieron los privilegios particulares, que podian perjudicar al derecho de todos. Los sacerdotes, tambien, tuvieron parte